

128. San Felipe de Jesús

¿Han oído ustedes contar la historia de San Felipe de Jesús? Este santo mejicano, ¡sí que supo dar quebraderos de cabeza durante su corta vida! Se los dio a sus padres. Se los dio después a los Religiosos Franciscanos. Y se los dio finalmente, aunque de muy diversa índole, a los japoneses que lo mataron crucificado por su fe católica...

Sus cristianos padres, con la bendición de diez hijos, vieron a dos de ellos hacerse religiosos agustinos, uno de los cuales, Juan, sería mártir de Cristo. ¿Y Felipe, el mayor, Felipe de las Casas Martínez? Con bastante dinero siempre en el bolsillo —porque los papás eran ricos y de la alta nobleza española—, apenas se sintió un hombrecito se dio descaradamente a una vida licenciosa. Con sus aventuras amorosas, llegó a ser el fastidio de sus propios padres. Aunque al fin, gracias a Dios, se acabaron las liviandades y Felipe era admitido, como severo penitente, entre los Frailes Franciscanos. Todos respiraban satisfechos y felices. El muchacho pecador se convertía en un santo...

Pero duraron poco las ilusiones tan felices de todos. La vida del convento le aburría a Felipe, porque le tiraban con fuerza las costumbres malas contraídas anteriormente. Cuelga los hábitos, como decimos, se sale del convento..., y a la misma vida que antes, y peor. ¡Hay, aquellas amigas!...

Los pobres papás no saben qué hacerse. Hasta que Don Juan Alfonso le comunica su decisión:

- Hijo mío, No como castigo, sino como una prueba última, te vas a ir bien lejos, a Filipinas, para que allí puedas estudiar, trabajar, y empezar a ganarte la vida. Aquí tienes el dinero suficiente.

Y a Filipinas que marchó Felipe. Pero, sin nadie de la familia que lo vigilase, la medicina resultó peor que la enfermedad. Al pie de la letra, y muy al pie de la letra, se cumplía en él lo de la parábola de Jesús sobre el hijo pródigo:

- Vivió como un perdido, hasta que se le acabó el dinero abundante de que le había provisto su padre, y, ahora, cuando ya no tiene nada, y no quedan amigos y amigas que le sigan..., se pone a reflexionar muy seriamente: ¿Y si volviera a casa de mi padre?...

Pero no regresa a México donde sus papás, sino que se dirige al convento de los Padres Franciscanos en Manila, solicitando de nuevo la entrada en la Orden que en mala hora había abandonado. Pide, llora, insiste, importuna, jura que en adelante se va a portar bien. Y los Franciscanos, buenos como siempre, lo admiten como Hermano, empeñado en hacer penitencia.

Y sí; esta vez la va a hacer de veras. Pasa normalmente el año de prueba, profesa, se porta de la manera más edificante, y, enterados sus papás, sueñan con ver de nuevo a su hijo, convertido ahora en un santo religioso. El Padre Comisario General de la Orden franciscana en Oriente le habla con cariño:

- Vaya, Hermano Felipe, vaya a México, y que toda su familia vea que la Gracia de Dios ha triunfado sobre todas las miserias anteriores. Sea el orgullo de sus cristianos padres y de sus hermanos.

Sí que va a ser Felipe la gran gloria de su familia y del México que le vio nacer. Y bien pronto, pero de la manera más inesperada. Porque se embarca, pero el navío, arrastrado por las tempestades, no atraviesa el Pacífico, sino que va a dar a las costas del Japón. Aquí le

esperaba Dios. Antes ya de llegar, todos los pasajeros contemplan un hecho sorprendente y misterioso:

- *Pero, ¿qué es esa cruz blanca, que por encima de la tempestad se divisa en el cielo azul?...*

Pronto sabrán el misterio. Felipe no regará la tierra japonesa con los sudores de un apostolado ardiente, a lo Francisco Javier. Nada más llegado, empieza el camino de un Calvario muy singular. Acaba de estallar una persecución espantosa contra los cristianos. Son apresados los Jesuitas y los Franciscanos, contra los que se decreta sentencia de muerte. Son 170 los que han de morir, entre misioneros extranjeros y cristianos japoneses.

Es increíble cómo los escogidos para el martirio se preparan a él con fiestas y con una alegría desbordante. Pero pronto empiezan las desilusiones. Las mujeres y los niños, quedan excluidos de las listas. Los Jesuitas, ¡fuera también! Tampoco han de morir, a excepción de tres. Los Franciscanos, ¡todos a morir!... De los 170, se rebaja el número hasta 047, y después queda fijado definitivamente en veintisiete: tres jesuitas, cinco hijos de San Francisco, y diecisiete Terciarios Franciscanos.

Empieza la marcha terrible de varios centenares de kilómetros a pie, entre penalidades sin cuento, aunque se convierte en marcha triunfal por parte de los cristianos en todos los pueblos del recorrido. Hasta que al llegar a Nagasaki son conducidos todos a la colina en que van a ser crucificados.

Un comerciante español ha podido hablar con Felipe de Jesús, y dice: *-Iba caminando valiente, contento, y dando gracias a Dios.* El jovencito Tomás Cozaki, de sólo catorce años, va con su padre hacia el martirio, y le dice al verdugo que le corta la oreja: *-Córtala más arriba, y emborráchate de sangre cristiana.*

Colgados todos en sus cruces, son traspasados con lanzas. Los niños Luis Ibarki, de once años, y Antonio de Nagasaki, de 13, repetían festivos: *¡Jesús, María!...*, y le gritan al Padre Superior de los Franciscanos: *-¿Podemos empezar el canto ‘Alabad, niños, al Señor’, como habíamos ensayado en el convento?* El Padre Pedro Bautista Blásquez no les pudo responder, porque ya estaba muerto.

Nuestro Felipe de Jesús, Hermano Franciscano, moría en medio de esta falange de confesores de la fe. Era el 5 de Febrero de 1597, día en que la Iglesia celebra hoy la fiesta de todos ellos, bajo el nombre del primer sacerdote japonés San Pablo Miki y del misionero franciscano San Pedro Bautista Blásquez.

San Felipe de Jesús. Veinticinco años. Primer santo y protomártir mexicano. El que empezó su vida de una manera borrascosa, y la terminó, con la gracia de Dios, de una manera gloriosa por demás...